

CONFERENCIA VII

LA SITUACIÓN DEL MUNDO

1. **La situación del mundo prueba la existencia de una Providencia divina que lo rige.**—Si uno quisiese negar hoy que un poder superior rige los destinos de los pueblos, podría Dios convencerle de falta de sinceridad con palabras repetidas cien veces por él. Si observamos el menor cambio en la regularidad de las estaciones, inmediatamente exclamamos con la mayor convicción: «Esto no puede durar así.» Y tendríamos razón, suponiendo que fuesen únicamente los hombres los que gobiernan al mundo con su poder y su perspicacia. No obstante, las anomalías persisten; á pesar de todas las supuestas imposibilidades, el mundo continúa penosamente su carrera, y esta es la prueba más clara de la existencia de una Providencia que le rige. Porque, como nos complacemos en decir, no es así como marchan las cosas humanas.

2. **Las cargas públicas son la ruina de los pueblos.**—Pero lo que sobre todo es verdad, es que los pueblos arrastran una vida muy pesada. Casi se podría creer que la Omnipotencia Divina conserva el curso actual de las cosas con el único objeto de hacer que los hombres experimenten «la diferencia entre la sujeción á Dios y la sujeción á los poderes de la tierra». ⁽¹⁾ En efecto, las cargas que pesan sobre ellos son abrumadoras. Según una estadística atribuida á Dering, secretario de la embajada inglesa en Roma, ⁽²⁾ los impuestos en los siete principales Estados europeos, se elevaban en el año de 1882 á la suma de 11.031.

(1) II Paral., XII, 8.

(2) *Neue Zeit*, IX, II, 23 y sig.

062.160 marcos, ó sea, 36'40 marcos por cabeza. En 1888, subieron á 12.052.021.620 marcos, ó sea, 37'72 por cabeza. De 1882 á 1888 los gastos para el ejército y la marina se elevaron al 23 por ciento. A fines de 1887, los gastos en Francia por este concepto fueron 794.785.620 marcos; en Alemania, 623.677.200; en Austria-Hungría, 351.624.540; en Inglaterra, 514.400.500, en Rusia, 799.084.080; en Italia, 342.843.680, y en España 163.044.120. En los siete años de paz comprendidos entre 1882 y 1888, estos siete Estados no han gastado menos de 19.594.316.040 marcos para los ejércitos de mar y tierra. Francia gastó 4.608.702.880, Alemania 2.807.970.920, Austria-Hungría 1.674.209.560, Inglaterra 3.267.442.440, Rusia 4.541.399.960, Italia 1.652.712.720, y España 941.877.560 marcos.

Desde entonces las cargas han ido en sensible aumento, y no hay esperanza alguna de que disminuyan. ⁽¹⁾ Por lo contrario, los impuestos no bastan á cubrir las necesidades periódicas y regulares, de suerte que, en tiempo de paz, es preciso llenar los déficit con empréstitos. Estos empréstitos conducen naturalmente á nuevos y más grandes impuestos, ya que hay que cubrir los intereses siempre crecientes. De este modo nos encontramos en la situación de un cultivador que se ha impuesto gastos á los cuales no puede hacer frente, sino vendiendo sus bosques y sus campos. Cada nuevo año se presentan las mismas necesidades, pero como no cuenta con los mismos ingresos que el año precedente, le es preciso otra vez, ó vender un trozo de su propiedad, ó contraer nuevas deudas; así es como se hunde gradualmente. Posible es que con un desarrollo mayor de fuerzas aumenten algo sus ingresos, y que una cosecha excepcionalmente buena le desahogue en cierta medida; pero claro está que no puede esperar con re-

(1) Según Carlos Roberts, 19 Estados europeos gastaron en 1869, en ejército y marina, 112 millones de libras esterlinas, y 198 millones en 1892. Roberts calcula las pérdidas de la fuerza de trabajo, anualmente, en 129.600.000 libras esterlinas. Así, pues, el *militarismo* cuesta anualmente á Europa 328 millones de libras esterlinas, más de 8 mil millones de francos (*Review of Reviews*, IX, 151).

gularidad esta recolección, y que las fuerzas humanas tienen un límite. Así, pues, camina irremediamente á la ruina, y lo mismo ocurre con la vida pública. No podemos negar que nuestras cargas son nuestra ruina. En 1890, la deuda pública de Francia se elevaba á 31.645.821.000 francos, la de Austria-Hungría á 2.772.000.000 florines, la de Inglaterra á 690.663.838 libras, la de Rusia á 1.581.600.000 rublos, valor metálico, y á 2.784.600.000 rublos en papel moneda; y, en 1888, el déficit del presupuesto, en los siete grandes Estados europeos, era de 424.605.544 marcos. ⁽¹⁾

Si solamente todo esto tuviese una utilidad real, se podría soportar la terrible carga. Pero, de todas estas sumas monstruosas, sólo la más mínima parte se destina á fomentar el bien público y el desarrollo intelectual de la humanidad. Según los cálculos de Dering, á fines de 1888, Francia no gastaba en instrucción pública más que 3,16 marcos por cabeza, Inglaterra 3'08, Alemania 2'20, Austria-Hungría 1'64, Italia 1'08, España 0'88 y Rusia 0'64 marcos. La administración pública no absorbía más que una mínima parte de los ingresos: en Francia 3.564.240, en Alemania 5.346.540, en Austria-Hungría 2.952.720 y en Italia 2.012.660 marcos. Todo el resto, excepto pequeñas cantidades, servía para cubrir las deudas del Estado y los gastos ocasionados por el militarismo. ⁽²⁾ Diríase que los hombres se han dado la consigna para hacer que se cumpla la profecía: «Los trabajos de tantos pueblos y na-

(1) Sería perder el tiempo rectificar estas cifras en cada nueva edición, según las más recientes estadísticas, pues cuando apareciesen impresas, haría ya mucho tiempo que estarían superadas por nuevos progresos. Según un cálculo publicado en el *Economista europeo*, la deuda de los Estados europeos á principios de 1893 pasaba de 126 mil millones de francos, 351 francos por cabeza. Desde 1886, se ha aumentado en 7.500.000.000, anualmente en unos 1.255.000.000 de francos. En Francia, cada individuo, al nacer, debe pagar interés de 1.000 francos de deuda perpetua del Estado; á esto se añaden las deudas perpetuas de los Estados y municipios, las cuales á veces no son inferiores, y en todo caso aumentan constantemente, y además, las deudas personales y las hipotecarias privadas, así como las siempre crecientes contribuciones (*Revue des Revues*, IX, 448).

(2) Cf. Schönberg, *Handb. der pol. Ökon.* (3), III, 46 y sig. *Handw. der Staatsw.* (2), III, 982 y sig. Elster, *Wörterbuch der Volkswirtschaft*, II, 611. Bliss, *Encyclopedia of Sozial reform*, 474.

ciones serán reducidos á la nada; serán consumidos por las llamas y perecerán enteramente». ⁽¹⁾

3. Militarismo permanente.—Á despecho de todas las hermosas arengas sobre filantropía y civilización, Europa se ha colocado en un pie de guerra tal, como jamás ha visto otro igual el mundo. Comparadas con sus ejércitos, ¿qué importancia tienen las tropas que Minos y Jerges reunieron? En 1890, las fuerzas del ejército alemán se elevaban á 2.400.000 hombres, sin contar las reservas, que ciertamente no bajan de 900.000 hombres; en Francia subían á 3.200.000 hombres, y, con la reserva, á 4.125.000; en Austria-Hungría á 1.375.000 hombres, á los cuales hay que añadir 445.000 hombres de la *landsturm*; ⁽²⁾ en Italia á 1.220.000 hombres, y á 1.630.000 con la milicia territorial; en Rusia á 2.392.000 hombres, sin contar la *landsturm* y el ejército de reserva. En el supuesto de que estallase una guerra entre estas cinco potencias, podrían, pues, poner en campaña 15 millones de combatientes. ⁽³⁾

¡Y con qué armas mortíferas se hará en adelante la guerra! De muchos años á esta parte, la humanidad emplea sus fuerzas intelectuales en inventar constantemente nuevos medios de destrucción del género humano. La invención de un fusil es acicate para inventar otro, y cada mejora es superada por otra nueva. Y tanto se han perfeccionado ya las armas, que con una bala podríamos alcanzar á un enemigo á 3.000 metros. Los grandes cañones apenas pueden compararse con los pequeños; y el mundo se encuentra aquí en presencia de una nueva empresa, la de procurar la mayor eficacia posible á las máquinas de guerra. Una sola bala de nuestros fusiles abate á cinco hombres colocados el uno detrás del otro. El que se guarezca tras

(1) Jerem., LI, 58.

(2) Llamamiento general.—N. del T.

(3) También sería inútil consignar las cifras más recientes. Según Carlos Roberts, en 1860, los ejércitos de los 19 Estados europeos, en *tiempo de paz*, se elevaban á 2.195.000 hombres, y en 1892, á 3.240.000. En 1869, en pie de guerra, á 6.958.000; en 1892, á 12.564.400, y cuando se hayan implantado las reformas, se llegará á la suma de 22.621.800 hombres (*Review of Reviews*, IX, 151).

de un muro ó de un árbol, puede ser traspasado como si estuviese en campo raso. Ya no atravesamos las piernas, sino que las horadamos con tanta limpieza como atravesaría una bala una hoja de papel.

Pues con semejantes armas están los pueblos prontos á marchar unos contra otros. Hay en las fronteras centenares de miles de hombres dispuestos á lanzarse á la menor señal. Apenas son posibles las relaciones pacíficas entre dos pueblos. Francia está separada del mundo por una muralla china de 160 fortalezas, sin hablar de los reductos. La pequeña Baviera hace maniobras en las cuales se reúnen 50.000 soldados; pero esto es poca cosa comparado con Rusia y Francia, que hacen maniobras con 150 mil hombres. De repente, se pone en pie de guerra por la noche todo un cuerpo de ejército; se da la señal de alarma á las guarniciones, y nadie sabe si se trata de un ensayo de movilización ó de una marcha seria contra el enemigo. Como dice el Evangelio, ⁽¹⁾ nadie habla más que de guerras y de rumores de guerras. Todos sabemos que hace mucho tiempo que hubiésemos tenido la guerra, si una declaración de guerra no hubiese traído el peligro de la república roja. Hemos llegado tan lejos, que el temor del socialismo y el interés del emperador secreto, del verdadero dominador de nuestra vida pública, la bolsa, es decir, que estos males son las únicas garantías de la paz en esta hora en que el anarquismo declara que ya está dispuesto para el combate. Y llamamos paz á esta situación, y damos gracias á Dios cada vez que el discurso del trono de un emperador, el brindis de un ministro ó la seguridad de un jefe socialista nos hace abrigar la esperanza de que la paz durará ocho días más.

4. La situación política pública es la resurrección del estado de naturaleza de Hobbes.—En efecto, conocemos por adelantado, el furor con que se precipitarán los pueblos unos contra otros. El cuadro que Hobbes pintó en otro tiempo del supuesto estado de naturaleza, y que en

(1) Math., XXIV, 6.

nuestros días ha vuelto á trazar el darwinismo con una fantasía todavía más ruda, casi se ha convertido en expresión literal del sentimiento que anima á los hombres entre sí. Todos son enemigos. Toda sociedad se ha convertido en un Leviatán, en un dragón que vomita llamas, que todo lo quiere devorar y que amenaza con destruirlo todo. Ya no consideramos la paz como el estado natural de la humanidad, sino la guerra, la guerra de aniquilamiento. Los individuos y los Estados sólo pueden ser sujetos por el egoísmo y el miedo. La utilidad de cada uno se ha convertido en única regla de derecho; y por cuanto nadie se siente seguro, todos abandonan sus derechos á una potencia suprema siempre dispuesta á proveer á su seguridad, y, con esta condición, se atribuye ésta el poder más ilimitado sobre el cuerpo y sobre el alma, sobre la fortuna y la libertad.

Pero cuanto mayores son los sacrificios que es preciso soportar en lo interior, más vivo es el odio contra los extranjeros. Como en los peores días de la antigüedad, el extranjero se ha convertido en un bárbaro, en un enemigo. Por consiguiente, el amor á la patria, que, ciertamente, tiene también sus buenos aspectos, degenera en abuso que absorbe todos los malos humores de un pueblo y vicia por completo el organismo. Hoy el patriotismo no es, por decirlo así, otra cosa que un orgullo colectivo, una coquetería nacional, un odio común contra todos los que no han nacido en el mismo suelo; en una palabra, es el resumen de todo lo que pone enfermo á un pueblo. De aquí la injusticia, el exclusivismo, las susceptibilidades de que somos testigos; de aquí la imposibilidad de hacer entrar en razón á los pueblos en todas las cuestiones en que el patriotismo eleva la voz. Se dijo antiguamente de los españoles que despreciaban á todos los pueblos, y que sólo los franceses merecían el honor de su odio. Hoy puede decirse de todas las naciones que se desprecian mutuamente, y que reservan su odio para aquellas cuya superioridad temen.

Esta especie de secuestro nacional ha dado nacimiento al funesto principio de nacionalidad, que prepara la ruina de los Estados actuales. Porque la suma de egoísmo que se oculta tras esta palabra, hace á los hombres incapaces de ver la verdad y de mantenerse en los límites del derecho. De aquí que todos los oradores públicos que explotan este principio obtengan grandes éxitos; de aquí que sucumba quien toma la palabra para defender la causa del derecho de la historia, de la validez de los tratados, de la lealtad y de la circunspección, porque ofrece siempre las apariencias de un enemigo de la patria, de un traidor á la nación, de un transfuga. Pero este principio se aplica de un modo todavía más brutal contra los que no pertenecen á la misma nacionalidad. Á pesar de que nuestra época se lisonjea de haber desarrollado el derecho de gentes, casi ha suprimido todos los principios en que descansa, ó bien tales principios son como letra muerta. Nadie habla ya de caridad mutua entre los pueblos, sin caer en ridículo. En todos los casos en que se ofrece alguna oportunidad, ora para perjudicar el honor de un pueblo extranjero, ora para arrebatarle una parte de su influencia, se cree uno autorizado, si no obligado, á hacerlo. Saludamos con gritos de júbilo cada deshonra que cae sobre nuestro vecino, y contamos con satisfacción todo crimen cometido por ellos, como prueba del fango en que se revuelcan sus costumbres, de la decadencia de su situación pública. Comparadas con éstas, nuestras propias faltas desaparecen por completo, y no estamos muy distantes de celebrarlas como virtudes.

¡Mas si sólo los individuos obrasen así en la vida privada! Pero el caso es que esta conducta es perfeccionada por la política y la diplomacia. Hablar de diplomacia hoy día, es, en el sentido propio de la palabra, un anacronismo. El período de su mayor esplendor fué el del reinado del liberalismo. Hoy, los diplomáticos no son más que los emisarios, los espías de los campos atrincherados ó de las ciudadelas que se llaman Estados. Según esto, ha cambiado

también por completo su papel. Robar inventos, planos, papeles; falsificar bulas, interceptar instrucciones particulares y despachos; apropiarse los secretos de Estado, por corrupción, por fraude, por espionajes, por mediación de mujeres; tal es la parte más inofensiva de sus ocupaciones. Hombres como Ignatiew y Kaulbars no han juzgado ni siquiera necesario cercenar del código diplomático la intención positiva de violar gravemente el derecho de gentes, cuando se les ofrecía ocasión para ello. En verdad que la numerosa policía secreta que sostienen los Estados para vigilar á los diplomáticos no está de más.

En estas circunstancias, sería simplemente cómico hablar todavía de solidaridad de los pueblos. La caza á los extranjeros por motivos, en parte políticos, en parte económicos, está en su apogeo, como en el tiempo del barbarismo, á pesar de todos los discursos sobre la internacionalidad, los intereses y la fraternidad de los pueblos. Los americanos han empezado con los chinos, y extienden ahora el destierro á todos los emigrados extranjeros: Inglaterra es el modelo en esto. La frase *made in Germany* produce un efecto tan fanático allí como la palabra *romanesismo* ó *slavo* en los círculos alemanes. Francia constituye con este objeto una liga, al grito seductor de «¡Francia para los franceses!» En Suiza, el obrero italiano tiene que procurar no aprender lo contrario de la libertad general; en Alemania domina el mayor odio contra los obreros polacos é italianos. Rusia hace á los alemanes más amarga la vida que á los judíos. De Austria vale más no hablar. Cada nación considera en ventaja suya la injusticia hecha á las demás. Los criminales que han contribuído á burlar la tranquilidad de un país extranjero, están siempre seguros de ser acogidos amigablemente donde quiera que vayan. Lo que emprende la autoridad de una nación vecina es considerado como sospechoso, ridículo, digno de desprecio y tachado de locura; toda medida de orden público es criticada, toda ley mal hecha, y esto aunque se exponga uno al peligro de disminuir todavía más, en su propia patria,

el respeto al deber y á la autoridad, ya tan decaída. Aun allí donde se trata de empresas que entrañan intereses comunes para dos Estados, ora tengan por objeto combatir al anarquismo, ora dar una batida contra los lobos que invaden las fronteras, el patriotismo de uno de los dos pueblos se revela contra la idea de participar en ellas, sólo porque la invitación ha partido de otro.

5. **La situación crítica del mundo desde el punto de vista económico.**—Claro está que semejantes disposiciones conducen á un malestar siempre creciente en la situación económica, que está ya muy lejos de ser brillante. El aumento inaudito de las cargas militares hace necesario también un aumento constante en los gastos. Sin una acción común de los gobiernos, inútil es pensar en un mejoramiento serio de la situación social. Pero no hay que contar con esta acción. De un lado, los que empeoran el mal con la especulación y la explotación, encuentran siempre protección en todas partes, y ocasiones para continuar sus manejos perniciosos, cuando se les ha impuesto límites en un Estado. De otro, quedan siempre al enemigo común del orden social, al socialismo, al anarquismo y al nihilismo, suficientes salidas para evitar los ataques de las uniones internacionales, ó para triunfar de ellos.

Pero, en este terreno, nuestra situación pública contribuye aún más directamente á aumentar el mal. Si Rusia utiliza su amistad con Francia con el objeto de hacer un empréstito para supuestos fines militares, pero en realidad para cubrir los gastos de su deuda corriente, se comprende esta maniobra desde el punto de vista de la economía rusa. Pero que un Estado como Francia emplee la presión política para determinar á sus súbditos á comprometer sus capitales en esta rusa ó aun china rueda de Sísifo, de la que nadie saca provecho alguno, sino el vampiro de los pueblos, la bolsa, es increíble. Sin embargo, esto no hace más que responder á nuestra situación general. Siempre hay cándidos que piden, y esperan con toda seriedad, que los Estados tomen medidas rigurosas contra estos es-

tablecimientos de explotación. Pero ¿pueden hacerlo los Estados? Todos ellos dependen de los grandes reyes de la bolsa, y, forzados por la necesidad, deben hacer causa común con ellos, para no perjudicar al crédito público. Es mucha verdad lo que Otón Glagau decía de su tiempo: «La política siembra; la bolsa cosecha». ⁽¹⁾ Por lo demás, hay Estados que con el fin vergonzoso, y aun por el placer de la especulación, de obtener ganancias para sus súbditos ó para jugadores extranjeros, comprometen su crédito público en funestas operaciones de bolsa. Así es como, en poco tiempo, hemos asistido sucesivamente á la ruina de las rentas argentinas, portuguesas y brasileñas, sin hablar de la catástrofe de los lotes turcos, de triste memoria. Todas las experiencias que el mundo ha hecho con el sistema de Laws, con las campañas del Mississipi y del Panamá, con los asignados, el *krach*, la quiebra Bontoux, las bancas de Spitzeder, y centenares de desastres más pequeños, no bastan todavía á hacer que los hombres sean circunspectos, cuando se les ofrece una ganancia tan grande y tan inexplicable, que debieran decir: «Esto no es natural.» Pero los Estados se cuidan tan poco de ponerse en movimiento para preservar á los hombres de la ruina, que siempre se encuentran entre ellos algunos que se valen de estas vanas promesas como de un medio para utilizar en su provecho la más embriagadora de todas las pasiones.

A este monopolio público, no del capitalismo, como á menudo se dice, sino de la bolsa, se añaden las pesadas é improductivas cargas de la guerra y del militarismo. De aquí que no se pueda pensar en el mejoramiento de la situación económica. Pues mientras que hay que pagar perpetuamente sumas gigantescas de intereses por cantidades que nada producen, y que á menudo no existen, aumenta la desproporción entre las prestaciones y las cargas siempre crecientes, por un lado, y la disminuyente fuerza productiva en doble progresión, por otro. Y mientras continúen dominando en los grandes intereses semejantes cir-

(1) Glagau, *Der Kulturkämpfer*, VI, Heft 140, 314 y sig.